

COSECHA PROPIA, por Agustín Milanés

Acabo de llegar en el microbús que el gran Mario Piedra ha preparado para nosotros, los veinte elegidos. No puedo expresar con palabras lo que siento, estoy muy ilusionado con la experiencia que voy a vivir.

Hace un par de semanas, llegué al apartamento, cansado de viajar por media España promocionando mi libro *Lo que encontré encima de la estantería*, y vi que la vecina me había subido el correo. Entre algunas facturas sin pagar (todavía, a pesar de mi reciente éxito), una carta, dirigida a mí, Lázaro Fuentes, escrita por el insigne Mario Piedra. La abrí con gran emoción, esperando cualquier cosa y temiéndolo todo.

En ella se hallaba una invitación a una cena en la bodega de su propiedad, para «reunir a los más destacados escritores del panorama español de estos tiempos».

A la salida de la terminal del aeropuerto, entre fotógrafos y periodistas de todos los medios imaginables, un chófer nos esperaba con un gran cartel: «INVITADOS A LA BODEGA PIEDRA». No sin asombro, fuimos colocando nuestras pequeñas maletas o bolsos y nos íbamos saludando, unos con más garbo y menos vergüenza que otros. Entre los asistentes, Ana Martínez, una de las últimas ganadoras del Premio Nadal, con la tranquilidad y serenidad que la caracteriza; sentado al fondo del microbús y con una sonrisa imperturbable, Ginés J. Vera, director de la revista de microrrelatos *Relátame*, y sucesor de Augusto Monterroso según las críticas; justo detrás del chófer y muy desenvuelta, Amelia J. Graña, que ya va por la décima edición de su tercera novela de misterio.

Aquí estamos, asombrados y halagados ante la invitación, aunque unos más seguros de merecerla que otros.

Lo noto por los aires de superioridad que se respiran en el ambiente. Se han puesto su mejor traje y sus mejores zapatos, le han dado brillo a iPads y iPhones para hacer selfis y miran a los demás por encima del hombro.

Ya estamos llegando. El mismísimo Mario Piedra nos espera ante la puerta de entrada de un imponente complejo. Se trata de una antigua bodega construida por uno de los sucesores de Gaudí, similar en su arquitectura a la Casa Vicens de Barcelona. El escritor y ganador del último premio Nobel la compró hace varios años, renovó el edificio y los viñedos y, entre novela y novela, se dedicó a fabricar sus propios vinos.

Todavía nadie los ha probado, por eso estamos expectantes.

—Bienvenidos seáis a mi humilde morada. Pasad por aquí, por favor — nos indica, señalando con un gesto grácil la puerta de entrada.

Dos azafatas, vestidas con sendos polos de color azul marino con la palabra *Literato* bordada en blanco, vaqueros y botas de montaña, nos sonrían y nos dan unos folletos. El vestíbulo es inmenso y está decorado con motivos modernistas y unas vidrieras por las que pasa la luz del sol de la tarde, dándole al lugar un aire a catedral. Solo falta el olor a incienso.

—Sígueme. El motivo de mi invitación es que visiten mi bodega, de la que estoy tan orgulloso como de mis libros, y sean los primeros en degustar mis vinos. Considero que unos escritores de su talla merecen un néctar apropiado, hecho a la medida.

Hojeo por encima el folleto, con fotos de las viñas, del edificio y del propio escritor, y textos que hablan pomposamente del trabajo realizado durante los pasados años, del amor y cariño con que han cuidado las uvas.

Examino de reojo a Mario Piedra, que nos observa a su vez mientras revisamos el panfleto. Nunca había imaginado que lo tendría tan cerca y mucho menos que me invitaría a su nueva casa. Viste de manera informal: camisa de cuadros, jersey de cachemir de color verde y pantalones de *tweed*, con zapatos marrones que parecen todoterreno.

—Les voy a enseñar primero los viñedos y después, disfrutaremos todos juntos de una buena comida regada por mis vinos. —Nos conduce al exterior cruzando una puerta a nuestra derecha.

Vamos paseando por los campos mientras el escritor nos describe con lujo de detalles cómo ha elegido una a una cada variedad para que el enólogo, posteriormente, elabore los caldos.

—Cabernet sauvignon, garnacha blanca, gewürztraminer y bobal. Esas son mis apuestas para deleitarles —enumera, con una sonrisa de satisfacción.

Miro a la gente que me rodea. Parece que alguno de los escritores no se imaginaba la caminata que estamos dando y se queja, enjugándose el sudor de la frente con el pañuelo o poniendo cara de asco cada vez que pisa el barro. Me hacen gracia Dolores Redondo y Carmen Amoraga, tan pizpiretas ellas con sus zapatos de tacón, sus bolsos de Gucci y sus camisas de Dolce & Gabbana. No puedo reprimir una sonrisa cuando las veo hacer muecas de horror y disgusto cada vez que Mario nos indica que subamos por aquí o por allá.

Habremos pasado una buena hora caminando y creo que tenemos todas ganas de comer y beber. Hemos hecho un recorrido circular por los campos.

De vuelta al mismo lugar por el que salimos, admiramos las grandes barricadas de cemento que guardan el líquido.

—Ahora, por favor, vengan por aquí. —Abre otra puerta, más grande, que nos lleva a un salón majestuoso, donde hay cuatro mesas circulares, adornadas con platos y tres copas.

Las azafatas, una vez más, flanquean ambos lados del salón y nos van conduciendo a cada uno a nuestra mesa. Me toca con Ginés J. Vera, Ana Martínez, Amelia J. Graña y Eloy Moreno. Nos saludamos cortésmente (los conozco de ferias de libros, firmas y demás eventos) y nos miramos recelosos.

Ginés intenta hacer un chiste, pero Eloy lo mira pidiendo silencio, pues Mario nos va a hablar.

—El primer vino que van a degustar ustedes es un blanco llamado *Literato*. Es seco, con aroma a cítricos y color amarillo pajizo. Combina muy bien con la ensalada de canónigos y setas de temporada. Prueben, prueben.

Una de las jóvenes nos va sirviendo el vino en orden, mientras la otra coloca frente a nosotros la ensalada.

—Por favor, degusten el vino antes que nada.

Tiene razón. Es delicioso y se cuela por nuestras gargantas como si de agua se tratase. Lástima que solo nos llenen la copa una vez.

Comemos con bastantes ganas y apenas sin hablar. Solo Amelia y Ginés parecen estar como pez en el agua y hablan y comen como si estuviesen en una celebración con amigos. Yo guardo silencio y como lo que puedo.

—A continuación, mi segundo vino, un rosado excelente de uva bobal, llamado *Écrivain*. Tiene aroma a frutas del bosque, color rosa fresa y no se

parece en nada a un rosado que ustedes hayan probado antes. Marida a la perfección con este plato de *foie* y salsa de pistachos.

Todos beben de sus copas y atacamos las viandas. La comida es espectacular, nunca había probado un hígado de pato de esas características, tan untuoso, que se deshiciera en la boca.

—Lázaro, por favor, diga algo —me pide Ana, mientras apura su copa.

—Poco puedo decir. Veo que Ginés y Amelia tienen mucho que contar.

—Los miro, divertido, y ambos callan.

—Venga, va, no seáis estirados —dice esta última, bebiendo de un trago lo que le quedaba de vino —. Mario Piedra nos ha invitado, sí, debemos estar orgullosos, también, pero no hay nada ni nadie que nos impida disfrutar de esta comida y estos vinos.

Eloy Moreno la interrumpe con un carraspeo y le indica que Mario va a presentarnos su tercer vino.

—Este es *Novelista*, mi última creación. Dos años en barrica, aroma a madera y frutos rojos, color cereza intenso. Perfecto para un plato de codorniz con patatas parmentier.

Asentimos. Volvemos al ataque.

—Buf, los otros vinos estaban buenísimos, pero este se lleva la palma — comenta Amelia, tras saborearlo despacio, cerrando los ojos —. ¿No podemos beber más?

Una de las azafatas la mira y le dice que no con la cabeza. Los demás nos reímos.

La codorniz está exquisita. Es una fiesta para el paladar.

Seguimos entre risas y charlas, mientras Mario nos observa, va de mesa en mesa y habla con cada uno de los escritores. Cuando ve que terminamos, se coloca en el centro de la sala y nos mira, curioso.

—Los he congregado aquí para que degusten los vinos de mi bodega, pero no solo eso. Debo decirles que los admiro a todos. Cada uno destaca en el mundo de la literatura por sus propias cualidades. Entre ustedes hay escritores de libros superventas que están siendo traducidos a más de diez idiomas, ganadores de los más prestigiosos premios del país y seguramente algún futuro premio Nobel. No crean que no me siento amenazado. —Nos miramos ante su pausa y prosigue—: son ustedes el futuro de la Lengua Española y quizás su nombre limpie, brille y dé esplendor a nuestra querida Academia. Mas, para alcanzar la verdadera gloria, deben saber que la fama debe ser efímera y la muerte, cuanto más cercana a los logros obtenidos, más éxito nos brindará.

Siento de repente un escalofrío que me recorre la espalda. No entiendo las palabras de este hombre.

—Es por ello que, queridos compañeros de pluma, en los vinos que han bebido había pequeñas dosis de veneno. Cada vino, por sí solo, no reviste ningún peligro, pero al haber combinado los tres, han sido expuestos a una muerte tranquila, pero cierta. —Se oye una exclamación airada. Alguien intenta protestar y su compañero de mesa lo hace callar—. En pocos minutos notarán un intenso sabor amargo que es el preludio de una de las mejores muertes que hay: el envenenamiento.

—¡Asesino! ¿Qué se ha creído? —grita Lorenzo Silva, agarrando la servilleta y levantándose. De repente, se lleva las manos al pecho, profiere un último suspiro y cae encima de la mesa, tirando al suelo copas y platos.

—¿Ven? Él ha sido el primero. Poco a poco iremos muriendo y nos recordarán como los grandes literatos que hemos sido, por nuestras vidas y, sobre todo, por nuestras muertes.

—¿Por qué? —logra preguntar Carmen Amoraga, antes de caer ella también encima del mantel.

—La gloria está en forjar una leyenda y la mejor manera de que esta permanezca es muriendo, como lo hicieron los grandes, antes de que nos mate nuestra propia fama. Adiós, hermanos, este es nuestro fin, pero no os preocupéis, que pasaremos a formar parte de la Historia de la Literatura.

Se despide con un gesto y se desploma cuan largo es. Poco a poco veo cómo todos van cayendo, unos en las sillas, otros al suelo, con muecas de horror en sus caras y aferrados a la copa. Las azafatas han desaparecido.

Me levanto de la mesa, me pongo la chaqueta y salgo al exterior. Menos mal que solo me gusta el vino blanco y he sido un sacrílego al maridar el resto de platos con agua. Por si acaso y, a partir de ahora, dejaré de beber. No vaya a ser que me siente mal.